

## EL OCASO DEL ÉXITO

Seudónimo: Agustín de Ríos

Autor: Víctor A. García Dopico

-¿Y que sabéis de Ginés Andrade?

-Pues hace ya tiempo que no sé nada de él.

-Yo lo vi hace dos años, e incluso recuerdo donde vive ahora...

Esta inocente conversación se había producido a consecuencia de una pregunta mía, quizás la más imprudente que jamás hube formulado, aunque entonces la curiosidad me había impedido mesurar las posibles consecuencias. Ese tal Ginés Andrade era a la vez la persona más formada que hube conocido y la más injustamente castigada, en algún modo por culpa de quienes habíamos participado en ese diálogo.

Centremos, pues, el *locus diesque* de esta conversación. Había tenido lugar en una de las frecuentes cenas que organizábamos los excompañeros de la empresa en que habíamos trabajado. Se trataba de una consultora financiera y de mercados, donde yo había entrado pocos años antes de su cierre como economista experto en contabilidad y fiscalidad. Éramos unos diez, aproximadamente, y Ginés Andrade ocupaba el puesto de responsable de equipo. De él dependíamos todos, a excepción del asesor jurídico, la administrativa y el botones, que dependían directamente del señor Sesto, un implacable hombre de negocios sin escrúpulos ni alma. Hace pocos años, cuando las cuentas de la empresa no cuadraban y se había decidido el cierre, Ginés Andrade había negociado con el insensible Sesto su traspaso con vistas a hacerse con ella, mantenerla en funcionamiento y mantenernos a todos en plantilla, trabajando allí. Sin embargo, el señor Sesto olió otro negocio y se lo llevó a él, al botones, al asesor y a la administrativa, dejándonos a los demás en la calle y con unas nóminas sin cobrar. Muchos de mis compañeros vieron en Ginés un comportamiento rastrero y traidor hacia

los que habíamos colaborado con él codo con codo durante tanto tiempo. Pero más tarde averiguamos que había intentado colocarnos en el nuevo negocio del señor Sesto.

La figura de Ginés Andrade representaba algo más: posiblemente sea la persona más preparada que conozca, pues contaba con carrera universitaria, Máster, doctorado en Matemáticas y tres títulos de especialidad universitaria, además de un sinfín de cursos, jornadas y congresos, todo ello adornado con colaboraciones en diversas publicaciones sobre lo que sabía. Cualquier duda era resuelta al instante por él y sus conocimientos abrumaban a todo el que lo escuchaba. Dada su forma de saber llevar a la gente, había supuesto una enorme aportación de clientes, y por eso Sesto lo había fichado para otro negocio una vez hubo liquidado a todos. Jovial, enérgico, vital y elegante, apenas se apreciaba que padeciese fibromialgia, una enfermedad que a duras penas sobrellevaba oculta tras su impecable traje y sus gestos dinámicos y precisos.

En aquella cena, a raíz de mi imprudente pregunta, empezamos a recordar las bondades de un jefe que asumía la ingrata posición de mediador entre nosotros y Sesto. Pero en el fondo todos queríamos una respuesta al interrogante que acababa de plantear.

Tras una deliberación, acordamos entre todos constituir una comisión para acercarse a su domicilio y visitarle. Susana, fina economista, Paula, rigurosa jurista, y el escéptico de José María, especialista en tributos y que manifestaba un cierto insaciable rencor hacia Ginés Andrade porque consideraba que no había hecho lo suficiente para mantenernos a todos en nuestros puestos, se unieron a mi para conformarla. Así, quedamos un día en un lugar donde Paula, que llevaría su coche y aseguraba saber el camino hasta la casa de Ginés Andrade, nos recogería. Entre todos los asistentes organizamos una colecta para reunir dinero con el que comprar un regalo. Por unanimidad decidimos adquirir un ábaco de madera con bolas de marfil que sería un magnífico elemento decorativo sobre cualquier aparador. En la parte delantera del armazón una pequeña placa rezaba: “A Ginés Andrade, de tus antiguos compañeros”.

Habiendo llegado el día, nos reunimos con Paula. Durante el viaje nos explicó que el marido de una amiga suya residía cerca de Ginés Andrade y, por medio de aquél, se había enterado de que el férreo Sesto le había despedido al año de habérselo llevado con él porque en un registro en su despacho le había encontrado el currículum de varios de nosotros y la administrativa le había delatado narrándole a Sesto cómo había aprovechado sus contactos para, paulatinamente, recolocarlos. Como Sesto no se

hubiese tomado con buen gusto esas gestiones, le despidió de un día para otro y de forma muy ingrata. Ginés Andrade cayó en una profunda depresión; dado que su fibromialgia se agravaba, había obtenido una pensión de invalidez y con sus necesidades económicas más o menos garantizadas, había regresado a su casa natal.

Tras un buen rato de camino, Paula detuvo su vehículo delante de una vivienda de dos plantas al lado de la carretera y separada de otras casas, pintada de blanco.

Disponía de un balcón en el centro de la fachada y de dos ventanas a cada lado del mismo. Debajo se ubicaba la puerta de acceso y alrededor se respiraba la más absoluta tranquilidad. Estaba en medio de una zona boscosa en la ladera de una montaña desde la cual se veía la de enfrente, también llena de árboles salvo unas praderas en la zona más alta con un pequeño grupo de casas que rodeaban una ermita.

-Hemos venido sin avisar -recordó Susana-. No lo olvidéis, es una sorpresa.

Yo llevaba en mis manos el paquete que contenía el ábaco que se le iba a regalar. Paula tocó el timbre y, tras aguardar unos instantes, una señora de unos cuarenta años, de corta estatura, delgada y pelo rubio rizado, se asomó a la puerta.

Tras identificarnos, le preguntamos por Ginés Andrade.

-Sí, es mi hermano-aclaró la señora-. Pasen y tomen asiento mientras le aviso.

Entramos y accedimos directamente a un salón grande, pero acogedor. A la izquierda un armario alojaba libros y documentos. Delante de este mueble había una mesa cuadrada de madera maciza con seis sillas, mientras que a la derecha se hallaban dispuestos dos sofás de dos plazas y una mesita sobre la cual se hallaba un aparato televisor y un teléfono fijo. Al fondo se encontraba la escalera que permitía el acceso a la planta superior y la que iba al sótano, así como la puerta de una estancia de la casa.

La señora, tras habernos ofrecido algo de beber, subió las escaleras y, a los pocos minutos, regresó ayudando a bajarlas a un señor enjuto, encorvado, de caminar vacilante que se agarraba con sus huesudas manos a la barandilla. Iba desaliñado: su camisa estaba descosida en los puños y su pantalón, andrajoso, necesitaba un zurcido.

Calzaba zapatillas y vestía un jersey de lana arrugado que le quedaba grande.

Nos quedamos atónitos mirando hacia ese señor y, aunque nos costase a todos creérmolo, le reconocimos pronto. Era Ginés Andrade, totalmente transformado e irreconocible. Ya no era aquel jovial y vital ejecutivo que habíamos conocido, siempre elegantemente vestido y con enérgicos gestos. No se asemejaba a aquella enciclopedia andante con la que habíamos compartido muchas horas de trabajo, sino una representación andrajosa de lo que nunca habíamos pensado que llegaría a ser.

La señora le ayudó a sentarse en una silla cerca de los sofás que ocupábamos nosotros y, con voz quejumbrosa, nos saludó:

-Hola chicos, vaya sorpresa. ¿Qué hacéis aquí?

-Veníamos a visitarte-señaló Paula-. Nos hemos acordado mucho de ti.

-Yo también-respondió Ginés-. Precisamente por eso me han echado.

Miré de soslayo hacia Susana, que no era capaz de articular palabra. Vi a José María, que se sentaba enfrente a mí, incapaz de sostenerle la morada a Ginés Andrade. A mí se me había caído el alma al suelo y me costaba seguir la conversación. Sin embargo, en un momento dado, haciendo un gran esfuerzo, musité:

- Ginés, te hemos traído esto...

- Es de todos nosotros-aclaró Paula-. De quienes estuvimos contigo.

Acerqué hacia Ginés Andrade el paquete. En este instante, su hermana preguntó:

- ¿Pesa mucho? Es que apenas puede coger pesos.

Yo me quedé perplejo sin saber que decir. Susana rompió su mutismo y señaló:

- Creo que no pesa mucho,... pero se lo ponemos en el regazo para que lo vea.

Entregué el paquete a la hermana de Ginés Andrade, quien lo depositó sobre el regazo del homenajeadó. Ginés abrió el envoltorio, lentamente, y descubrió el obsequio.

- Es muy bonito. Es precioso -dijo, tocando las bolas mientras movía como si estuviese contabilizando algo con el ábaco.

-¿Te gusta, Ginés? -preguntó José María, haciendo un gran esfuerzo.

-Si es muy bonito -respondió Ginés, quien dirigiéndose a su hermana, le pidió:

- Ponlo al lado del teléfono, porque creo que luce bien ahí.

La hermana tomó el ábaco y lo colocó en el lugar indicado. En ese momento un rayo de sol entraba por la ventana y reflejaba en las bolas de marfil, creando una bella imagen. Entonces, un felino blanco y marrón se aproximó por detrás de los sofás y saltó sobre el regazo de Ginés Andrade.

- Es mi gata Loira. Es muy cariñosa y se pasa horas conmigo.

- Y tú te pasa horas con ella -regañó la hermana-, y así no te mueves. No haces caso al médico de que hagas lo posible por moverte.

- Si no merece la pena moverse -respondió lastimosamente Ginés Andrade, lleno de resignación-. ¿Para qué? ¿Para volver a ver el mismo amanecer al día siguiente? Es lo mismo que mis títulos: me decías que por qué no llenaba esa pared con los diplomas que obtuve a lo largo de mi formación y de mi carrera profesional. ¿De qué sirven ahora? ¡De nada sirven! Únicamente para quemarlos y hacer lumbre en invierno. Nos miramos atónitos, sin saber cómo reaccionar a tamaño declive.

- Siempre está así -susurró la hermana-. La medalla que le dieron por colaborar en una publicación científica la salvé yo de la basura. La había tirado un día que yo me despisté y ahora la tengo guardada en mi habitación.

- Contadme, chicos, qué tal os va a vosotros -pidió Ginés Andrade.

Durante un buen rato le expusimos lo que habíamos hecho o tratado de hacer tras haber salido de la empresa. Le comentamos que nos reuníamos de vez en cuando para recordar viejos tiempos y que en una de esas reuniones habíamos ideado esta visita.

- Bueno..., yo me quedé un poco descolgado en su día -reconoció Ginés Andrade-. Porque yo seguí con Sesto y perdí vuestra vitalidad en cierto modo, y cuando Sesto me hubo despedido, quedó abandonado sobre mi mesa el cuaderno donde estaban vuestras señas...¡Ah, disculpadme un momento, que tengo que tomar una pastilla!

Su hermana se acercó a él y le ayudó a incorporarse. Ginés Andrade, lentamente, caminó hacia la puerta de al lado de la escalera y la abrió, accediendo a la cocina. Se

apoyaba en la pared y nos dimos cuenta de que en toda la casa los muebles y enseres se hallaban dispuestos para permitirle la deambulaci3n apoyándose en algo seguro.

Mientras Ginés Andrade se encontraba ausente, pregunté yo:

-¿Tiene visitas aquí su hermano?

-Alguna tiene, de antiguos amigos del pueblo, Pero él apenas sale ni quiere salir.

-¿Pero por qué está así? -preguntó José María, muy apenado.

-Está desanimado...él tiene su pensi3n, la enfermedad avanza cada vez más y se siente inútil, sin que todo lo que haya hecho o aprendido sirva ya para nada. Él se conforma con la gata y disfruta de esta tranquilidad. Yo soy quien le cuida. No compra ropa porque dice que le vale la que ya tiene, incluso ese jersey que le queda grande, pero como da calor..., no sale a pasear ni viaja,...sólo en taxi para ir al médico.

Ginés Andrade regresó de la cocina a su silla. La gata retornó a su regazo.

Transcurrido un rato hablando de temas básicamente banales, decidimos marcharnos porque el sol comenzaba a ocultarse entre las montañas y la oscuridad empezaba a cernirse sobre el cielo. Una vez puestos en pie, Ginés, auxiliado por su hermana, se incorporó trabajosamente y nos estrechó flácidamente la mano.

-Chicos, os deseo mucha suerte -dijo desde el umbral de la puerta cuando montábamos en el coche de Paula-. Toda la que no tuve yo últimamente.

-Lo mismo te deseamos para ti -respondí yo-. Volveremos a verte nuevamente.

-Para mí ha sido una gran sorpresa -señaló Ginés Andrade, mientras su hermana le ayudaba a retroceder del umbral para cerrar la puerta.

Una vez en la carretera, de regreso a nuestro punto de origen, un nudo se me formó en la garganta que me impedía articular palabra. Mis compañeros viajaban apesadumbrados, muy tristes, incluido el escéptico José María. Yo no pude contenerme más y rompí a llorar porque habíamos sido testigos de cómo el profesional ideal, al que todos habíamos querido parecernos e imitar y que había dejado mella en nosotros como si de su escuela hubiésemos sido, cual discípulos abnegados, ya no era ese ídolo elegante, jovial, dinámico y vital, pleno de éxito, sino un enjuto enfermo víctima de sus

circunstancias y antagónico con el que habíamos conocido en su cumbre profesional, la cual ahora languidecía. Me di cuenta entonces de cuál había sido mi error el haber preguntado por Ginés Andrade. Aguardando una respuesta coherente con los recuerdos que de él tenía, nos habíamos topado de bruces con una decepción al descubrir en su lugar a un quejumbroso enfermo sin ganas de vivir que idolatraba más a su gata que a su *curriculum* académico, al que quería echar al fuego, y que se sentía moribundo e imbuido en el ocaso del éxito que acabábamos de presenciar.

Pero una esperanza avisto: nuestra visita y la promesa de repetirla parecen haber atenuado el declinar del ocaso. A esa idea me aferro con fuerzas.